

LOS APODOS EN ZAPATOCA: TRANSICIÓN DE LA ORALIDAD A LA ESCRITURA

Bitácora

Por Cindy Paola Gómez Prada

Mayo de 2019

Escuela de Comunicación Social

Universidad del Valle

Índice

Introducción e Historia.....	3
Objetivos.....	5
Motivación.....	6
Límites del proyecto.....	9
Ejes temáticos.....	9
Metodología.....	17
Experiencia de trabajo de campo.....	19
Conclusiones.....	25

Castilla, exquisito marco para exaltar las virtudes y continuar la vida abacial de los viejos burgos castellanos al servicio de su Dios y de su Rey. Así, de sus primeros pobladores, los Serrano y Solano, los Gómez, los Díaz, los Forero, los Cortés, veían directamente de España; los Acevedo, los Plata, los Rueda, los Prada, los Ortiz, eran descendientes de ilustres familias españolas que se habían establecido en San Gil, Barichara, Guane y el Socorro.” En el censo de familias hecho en 1760, aparecen 226 familias desde la quebrada de Chimitá hasta Pao; y de este último sitio hasta Lubitoca, 108 familias; además 38 viudas en “todo el partido”. De todas estas familias solo se hallan 7 con apellidos de origen Guane: Cabarique, Chivatá, Ine, Taguada y Useche; todas las demás llevan apellidos españoles. Esto no quiere decir que del total de 372 familias, solamente 7 fueran Guanes; porque no pocas serían mestizas y posiblemente algunas familias indígenas, habrían podido adoptar apellidos españoles. Pero lo cierto es que la gran mayoría de aquellas familias eran españolas o de origen hispano.” (Acevedo Díaz)

Zapatoca se erigió como una comunidad cerrada y ultra católica, lo que le valió el sobrenombre de “Ciudad levítica” debido al gran número de sacerdotes (de los que se guardan los retratos en la Parroquia) y monjas (de las que no se tiene memoria) originarios de la población. Este fenómeno se debió también a la población de origen español, para los que tener un hijo ligado a la Iglesia daba status. Por el mismo motivo del status, de comunidad cerrada, aún después de más de 272 años, los nacidos allí aún conservamos los apellidos de la población que dio origen al pueblo (en la lista del colegio, apellidos como Díaz, Rueda y Serrano se pueden repetir incontables veces). Es probable que, para que dichas familias pudieran distinguirse entre sí (unos Serrano de los otros Serrano), se crearan apodos para cada clan con el mismo apellido. Muchos de estos serían despectivos, debido a la rivalidad –por el mismo status- que existía entre varias de

las familias. Si bien ese sistema en un principio generaba riñas entre los miembros de diferentes clanes (hasta el día de hoy hay algunos que se ofenden con su apodo por el cariz insultante de éste), se adoptó después como un complemento de los nombres de tal manera que, con el pasar del tiempo, varios fueron modificados por otros menos peyorativos.

Objetivos

Aún para distinguir entre los abundantes homónimos a una persona, muchos acuden a dicha nomenclatura. En mi caso, era común oír las historias de mi abuela donde, para nombrar a una de mis compañeras del colegio, se refería a ella como una familiar de las “sapas” (apodo correspondiente a la familia Serrano”) o se refirieran al chófer del bus como Óscar Ñapa (Gómez). A pesar de ser tan común el uso de estos dichos en los adultos actuales, los fenómenos migratorios presentados en el municipio debidos a la expansión turística han dado lugar a la llegada de muchos apellidos que, hasta entonces, no eran comunes dentro del pueblo y no pertenecen a ninguno de estos clanes, por lo cual el sistema utilizado hasta entonces resulta inútil para nominarlos. Además, las generaciones posteriores al año 2000 –millenials- ya no lo adoptan con la misma frecuencia dentro de su lenguaje, posiblemente (no va más allá de una conjetura, puesto que no es el tema a estudiar), internet les ha dado herramientas como las redes sociales para distinguirse de maneras diferentes a las tradicionales (ya cada quien tiene un perfil y se resalta más a sí mismo como individuo que como parte de una familia o clan). Por ello se puede prever una desaparición paulatina de esta costumbre albergada durante tantos años en Zapatoca. Se hace urgente, entonces, transformar esas pequeñas memorias que habitan en la oralidad y llevarlas a la escritura, donde la esencia –si bien no la verdad, porque los relatos estarán permeados por la memoria de los entrevistados y recursos ficcionales de mi autoría- de los apodos pueda perdurar. Para ello, me formulo la siguiente pregunta:

¿Cómo transformar las memorias orales individuales –o familiares- sobre los apodos en Zapatoca a una memoria colectiva en la escritura?

La resolución de estas preguntas desembocó en el proceso de investigación. De ahí se puede deducir que el objetivo principal de este proyecto es transformar las historias orales y escritas en torno al origen de los apodos familiares en Zapatoca para recrearlos en forma de microrrelatos y crear una herramienta que permita procesos de memoria colectiva. Dado que el objetivo propuesto anteriormente resultó bastante general, fue necesario plantearse al menos tres metas más que delimitaran el proyecto de alguna forma. Estas fueron:

- a) Acercar a las historias sobre los apodos a las personas que, aun conociendo dicha tradición, no necesitan usarlos ya sea por ubicación generacional o distancia física del municipio para que conozcan y comprendan el origen de esta práctica –dentro de su familia y las demás- independientemente de su uso.
- b) Dar a conocer a la población que usa los apodos con frecuencia, el origen de éstos y el contexto social del que surgieron.
- c) Dar a conocer la historia de los apodos ajenos a las familias de habitantes que las ignoren.

Motivación

Si bien ya se explicó la meta, pues sabemos que algo importante va a desaparecer y que lo vamos a recrear, aún falta saber un porqué. Pues bien, uno de los asuntos que me produjo más temor al escuchar por primera vez el término “proyecto de grado” era la incertidumbre acerca del tema que iba a abordar. Aunque existía la posibilidad de trabajar en equipo con un tema histórico, me sentía alejada en extremo del tema a estudiar. Así pues, me sumergí en la deriva de tópicos hasta que, ad portas de la entrega final de la tercera fase de investigación y presa de la desesperación

frente a la hoja en blanco, decidí recurrir a la salvación de muchos trabajos en lo que va de mi carrera: mis vivencias.

En la intersección entre las cosas que podía considerar interesantes en mi experiencia y aportes que pudiera hacer a alguna parte del planeta, recordé las largas conversaciones con mi abuela cada tarde de domingo cuando, después de cada misa de cuatro de la tarde, íbamos por un helado y nos sentábamos en la salita, la una frente a la otra, mientras las historias fluían y los espacios se anegaban de sombras nocturnas. Esa pequeña que era yo, llena de porqués, preguntó alguna de esas tardes por su apodo, que era igual a una marca de pintura y, en efecto, estaba relacionado porque tuvo una ferretería donde vendían dicha marca. Desde entonces, nos identificamos como los Gómez “Pintuco”.

La fascinación por la historia no se dio sólo por conocer algo más de mi familia, o el hecho de que un tío alguna vez haya vendido pintura, sino porque detrás de cada una de las líneas familiares que habitaban el municipio tenían un apodo y, detrás de él, una historia que era probablemente desconocida por los chicos que, como yo, nunca los usamos para llamarnos los unos a los otros. ¿Quién sabe qué otras historias están guardadas en las mentes de los abuelos? Con esa pequeña iluminación de último momento, comencé a estructurar mi proyecto de grado. Esta vez me apasionaba el tema que estaba tratando, tal vez porque desconocía muchas de esas historias y ello me implicaba una búsqueda o, probablemente, porque era un tema tan sentido, tan propio, que me sorprendía poderlo tratar desde mi propia universidad, al otro extremo del país. Así mezclo mis raíces y mi porvenir al hacer el enlace entre la historia de las familias que habitan mi lugar de origen en una construcción a la que puedan acudir todos, tanto mis coterráneos como gente externa, cuando la simple curiosidad o la búsqueda de una historia los haga querer descubrir por qué, en el municipio de Zapatoca, cada familia lleva consigo un apodo.

Y aunque se pudiese decir que la pasión personal sería suficiente para comenzar una investigación, también era necesario que fuera pertinente. Como expliqué con anterioridad, el municipio de Zapotoca pasa por una transformación en sus gentes gracias, probablemente, a los fenómenos migratorios y, por ello, la necesidad de identificar a esos homónimos, antes usuales, va desapareciendo de sus vidas. Por ello se puede decir que socialmente este trabajo es pertinente, dado que no podríamos estar seguros de que haya tanto material para investigar estos fenómenos en un futuro, cuando todos los abuelos y las historias, que viven con ellos, mueran. Además, es un trabajo que no se ha realizado en el municipio con antelación y precisamente ahora, cuando la preponderancia de las redes sociales y el surgimiento de nuevas formas de comunicación han reformulado lo que conocemos como medios, hay un aliciente en el reto de llegar a los jóvenes del municipio con las historias de su pasado.

Dado que este proyecto corresponde a un trabajo de grado, me es imperativo decir para qué le va a servir a la universidad. Pues bien, éste es un trabajo que, como muchos, plantea la construcción de una memoria colectiva a partir de relatos. Sin embargo, es un trabajo de un tema que está a setecientos kilómetros, sobre un fenómeno cultural ajeno y, además, cuenta las particularidades de un municipio. Así, éste no sólo plantea una correspondencia con las habilidades narrativas enseñadas en la academia sino que pone en práctica conocimientos del periodismo como lo son la recolección y transformación de datos y se preocupa por la pertinencia social del tema a investigar. Además de esto, toma también los tópicos de memoria e identidad que han sido centrales en varias materias de la carrera; en especial, las que a investigación en comunicación refieren.

Entonces, además de una correspondencia con lo planteado en el pensum, mi proyecto plantea el reto de llevar las historias de un municipio fuera de su plano oral, que sean interesantes y legibles en la Universidad del Valle y, sin embargo, conserven los rasgos propios de su oralidad.

Límites del proyecto

Dado que la cantidad de clanes es muy amplia y el fenómeno sucede, según parece, hace más de cien años, fue fundamental establecer unos límites para el alcance del proyecto. Aunque sería de gran valor hacer una historia sobre todos los existentes, el trabajo contó con algunas limitantes debido a que algunos relatos ya se han ido a la tumba y otros, por su carácter ofensivo, se niegan a salir de la mente de sus poseedores. Con el fin de comenzar una primera etapa – correspondiente a esta tesis-, y dada la falta de certeza acerca de la cantidad de historias que podía encontrar, decidí dejar abierta la posibilidad de escribir acerca de cualquier apellido.

Ya en la fase de compartir el proyecto, éste también se plantea principalmente dentro del municipio para cumplir con el objetivo principal de establecer dicha memoria colectiva. Sin embargo, dado que uno de los retos en la construcción del proyecto están en que no vivir en el municipio no dificulte su lectura, la idea es que éste se extienda a personas que conozcan el municipio y quieran saber sobre él, las que tengan orígenes en Zapatoca y tengan curiosidad por sus orígenes o cualquier interesado que quiera leer una historia.

Ejes temáticos

Como la realización de este trabajo supone una labor investigativa “seria”, es decir, organizada y planificada conceptualmente, expondré a continuación como directrices varios fundamentos teóricos sobre los cuales se consolidó el problema de investigación y su posterior desarrollo. En el caso de mi investigación, los ejes que seleccioné fueron:

Memoria

Dado que mi trabajo se basa en el paso de ciertas memorias pertenecientes a la oralidad de ciertas familias para construir las memorias sobre el fenómeno que significa el uso de los apodos para distinguir a las personas dentro de Zapatoca, fue necesario plantearse preguntas sobre el concepto de memoria, el significado de la memoria tanto individual como colectiva y la importancia que éstas tienen dentro de las culturas. Para ello es importante acudir a los conceptos planteados por diferentes autores.

Una que nos da grandes pistas para hablar de la memoria individual es Beatriz Sarlo, quien plantea en “Tiempo pasado” que la mirada hacia atrás tiene bases en el tiempo actual, de tal manera que organizamos los hechos que recordamos desde los relatos de tal manera que el pasado reflejado en los testimonios puede ser ilusorio (Sarlo, 2005). Es oportuno porque, si algo es importante en la búsqueda que estoy realizando, es el testimonio y, por ello, no se puede enfatizar en que dichos hechos ocurrieron o que las historias son totalmente verídicas. Sólo que, a partir de ellas, se intenta reconstruir el acontecer diario del pueblo que recurrió en un principio a ese sistema nominal tan particular.

Un soporte adicional para lo dicho por Sarlo, es lo escrito por Pierre Bordieu en “La ilusión biográfica”, porque se centra principalmente en el valor (o la falta de éste) al tratar la vida como una historia y enfrenta desde diferentes aristas el hecho de hablar los hechos desde un nombre propio (Bourdieu, 1989). Dado que el trabajo consiste en la recopilación directa de relatos, el hecho de hablar con nombres propios supone cierta modificación, por tanto sustenta lo ilusorio de los testimonios dicho en “Tiempo pasado”.

Sin embargo, al ser ésta una definición bastante general, decidí anclarla a una observación que hace Todorov en “Los abusos de la memoria” cuando dice que es útil hablar de la desacralización de la memoria, dado que ésta no es buena por sí misma, sino que necesita tener un objeto para sustentar su existencia (Todorov, 2008). Así no sólo se da un soporte al concepto de memoria y al tipo de construcción que pretendí realizar sino que, además, logro sustentar la importancia de éstas en el uso que les puede dar tanto la comunidad de Zapatoca para saber más de su propia historia y de la vida de sus familias como cualquier persona que quiera conocer sobre dichas historias. Todo esto se da sin olvidar la modificación de los hechos que ya suponemos por el uso de los testimonios.

- Memoria colectiva

El siguiente paso para las memorias en el trabajo que planteo es la transformación de dichas memorias personales, familiares, individuales, a la memoria colectiva del municipio. Por ello, es importante sentar desde qué definición de “memoria colectiva” tratamos dichas historias y el porqué es adecuada. Para ello, el concepto que utilicé es el tratado en “Memoria colectiva” por Maurice Halbwachs, dado que lo que pretendo con dicho concepto es la transformación de muchas memorias individuales en una nueva memoria, a nivel del municipio, sobre las historias de los apodos.

Allí, Halbwachs dice que no nos hemos acostumbrado a hablar de una memoria grupal, siendo que los individuos participan en dos clases de memorias, no sólo la que le corresponde como persona. También el hecho de que la memoria colectiva está compuesta de muchas memorias individuales pero que no se confunde en ellas. Toma además la memoria individual y aclara la mediación de lo social en ella (Halbwachs, 2004). Esto es totalmente aplicable al trabajo, dado que muchas de las entrevistas y de las historias habrán visto, en medio de su inoportuno significado

en la sociedad, modificaciones. Lo mismo sucede con las historias de origen, que también pueden haber sufrido modificaciones y, en algunos casos, fueron diferentes entre los individuos que la contaron.

Al ahondar más sobre el tema me encontré también con el concepto de “memoria social”, planteado por Fentress y Wickham en el libro con el mismo nombre, que está en contraposición al término usado por Halbwachs no frente a las posibilidades de la memoria compartida por una sociedad, sino frente a lo que permite el término “memoria colectiva” como tal aunque, en últimas, toman el mismo tema (Fentress & Wickham, 2003). Dicha acotación de que la memoria colectiva no es colectiva como tal sino que es memoria individual que se socializa es correcta. Sin embargo, el centro de mi trabajo no consiste en tales especificidades.

Por ello, no tomé del trabajo de estos autores la afinación que ellos hacen de la memoria colectiva, sino aportes que hacen sobre el ordenamiento y transmisión de la memoria social, donde dan claves para hacer dicho proceso de la memoria oral, además del enfoque que hacen también sobre las memorias colectivas campesinas. Desde ese punto me parece importante el uso de este material, aunque me parezca no del todo necesario transformar el concepto de memoria colectiva por el de memoria social, pues el término de colectivo presenta para este trabajo una mayor claridad en tanto que es una construcción realizada entre muchos de los miembros de la sociedad que, aunque parezcan individuales, ya se han alimentado entre sí anteriormente. Por esta razón, dichas tradiciones son en sí mismas una construcción colectiva. Otro de los valiosos aportes de este libro consiste en observar que esta memoria no es sólo un archivo, sino un pasado adaptado a los usos del presente, que complementa lo anteriormente enunciado en la voz de Beatriz Sarlo.

Oralidad y escritura

Dado que el paso que le sigue a la recolección de todas las memorias es el paso de esos relatos que se han transmitido por la oralidad de las familias, es fundamental explicar tanto la importancia de realizar esta transición, con énfasis en las memorias campesinas, como los riesgos que existen al realizar dichas transcripciones y los usos que tienen. Esto fue un proceso definitivo en la construcción del proyecto dado que no sólo es un pilar para los propósitos del trabajo sino que da un sentido al trabajo sobre el núcleo de memoria, puesto que expone la utilidad de las memorias.

Para ello, una de las primeras referencias es “La gran matanza de gatos” de Robert Darnton porque éste plantea no sólo un caso de transcripción de oralidad de la vida de campesinos en la antigüedad hasta el presente (campesinos franceses del siglo XVII hasta llegar a los que hoy conocemos como los cuentos maravillosos) y la transformación de éstos en mitos que hasta hoy alimentan las noches de muchos niños en el mundo (Darnton, 1984). Ayuda, además, a entender a través de indicios el porqué de dichos relatos, su utilidad en la vida de aquel entonces.

Trasladado al trabajo planteado en el problema, ayuda a sustentar la investigación aunque el proceso sea inverso, dado que primero se hará el enlace de dichos relatos orales con el pasado y, posteriormente, se hará la transcripción de ellos para exponerlos al público.

Después del aporte histórico que brinda Darnton, es importante remitirnos a otros casos de experiencias similares. Históricamente, se han transcrito muchos documentos de la oralidad y un ejemplo de ellos son los romanceros. Por esto, el libro “Tradiciones discursivas” de Santiago, Valenciano e Iglesias expone el trato que se da a los romanceros en las transcripciones y, en el capítulo “Algunos problemas sobre la transcripción e interpretación de la entonación en

conversaciones coloquiales espontáneas” se presenta una explicación profunda sobre las dificultades del paso de tradición oral a escrito (Universidad Complutense de Madrid, 2006).

Además, en el libro hay además apartes importantes como el trato que se da al transcribir romanceros y de las complejidades lingüísticas.

Adicional a la investigación realizada sobre los riesgos es fundamental tener un modelo o esquema del proceso de transcripción para no sólo hacer una representación fiel de las historias sino que, además, los signos empleados para representarlas reflejen lo que en ellas se expresa. Para esto, el texto de Álvarez- Muro “La poética del habla cotidiana” presenta un buen esquema del proceso de transcripción y lo que significan en la expresión muchos de los signos usados (Álvarez-Muro, 2014). Esto tiene gran importancia porque muchos de los símbolos que se retratarán en las entrevistas tienen grandes términos de la oralidad que deben ser tomados, porque los representan como pertenecientes a una tradición, a una región, a unas costumbres gastronómicas, laborales y culturales del municipio.

Aunque el propósito de mi proyecto tiene grandes variaciones en cuanto a la forma que van a adoptar los relatos finales, es de necesaria mención la “Breve historia de Colima”, de José Miguel Romero, en tanto que, guardando ciertas similitudes con mi apuesta dado que, como dice en el libro, “(...) se proponen recoger historias profesionales, hechas con rigor científico y simpatía, escritas sin bilis y en el lenguaje de la tribu” (Romero, 1994). Si bien es claro- por la adición de ficción en los relatos mencionada con antelación- que no me propongo hacer la tarea rigurosa de un historiador que sí hace Romero, hablaré desde esa misma tradición oral donde nacieron y se instalaron los apodos de los que contaré su origen.

De forma complementaria a la investigación y cercano a la literatura existente sobre el municipio está la obra *“La otra raya del tigre”* de Pedro Gómez Valderrama. En él, el autor narra la vida de Geo von Lengerke en las tierras santandereanas donde, además de construir los caminos de herradura que hicieron parte de la primera concesión hecha por el Estado a un contratista privado, también fue famoso por su afición a la música y a las mujeres. Es relevante para mi trabajo en tanto referencia literaria sobre las gentes del municipio en el siglo XIX, dado que su descripción sale a relucir en fragmentos como *“El extranjero ha dicho que va a quedarse algunos días; parece ser que le gusta el clima, que el pueblo parece limpio y que no le tiene miedo a don Marcial el cagatintas, aunque se sabe es mucha la gente que ese rábula ha dejado en la pobreza, y que manda más que el Alcalde y que el Cura, don Pastor Roldán el viejo, que ha dicho ya muchas veces en estos dos días que no va a permitir que un hereje se asiente en un pueblo tan cristiano, cuando somos el orgullo de la región, donde los radicales no se dan porque se los dejamos al Socorro (...)”* (Gómez Valderrama, 1977)

Para finalizar, encontré un caso interesante de recopilación escrita de historias que se han transmitido oralmente en la zona del Chocó. El libro se llama *“La escuela en la tradición oral”* y se presentan como compiladores a cargo cinco autores: Roldán, Burgos, Baquero, Ramírez y Valencia, que hacen un trabajo de recolección con el colegio de la región para recolectar todos los relatos que encuentran en la zona (Baquero, Burgos, Ramírez, Roldán, & Valencia, 1998). Es un ejercicio muy interesante porque es una aplicación similar a la del trabajo que me planteé.

La academia se preocupa por la construcción de memoria y da lugar a la transcripción de decenas de relatos de una sociedad. Lo más importante de esta experiencia es que presenta la participación de estudiantes de grado 11 de un colegio del sector. En el caso de mi trabajo, la experiencia será compartida con ellos para que, en primera medida, conozcan esos cuentos que

les preceden y, por último, sientan ganas de alimentar su curiosidad sobre la historia de su municipio. Reitero, pues, mi propósito de llevar el resultado de este proyecto de grado a Zapatoca puesto que, si bien el documento está terminado, su verdadero propósito se verá cuando llegue al lugar de donde provienen las historias.

Identificación e identidad

Al abordar las historias de los apodos, me encontré con que las familias que los adoptan y el pueblo, al encontrarse caracterizado por ellos, forman una identidad. Así mismo, podemos referir una problematización de dicha identidad cuando afirmamos que las generaciones actuales ya no se sienten reflejados en esta forma de ser y expresarse del pueblo. En lo referente a las premisas anteriores –y al proyecto en general- hablaremos de identidad en tanto construcción de sentido a través de uno o varios factores de identificación prioritarios frente a otros factores, contruidos por el individuo como su autodefinición, es decir, su distinción frente a otros (Castells, 2003). Con esta definición podemos explicar cómo los apodos al darse como una distinción –en inicio peyorativa- se convirtió en factor de identificación de cada clan al diferenciarlos unos de otros. Así, Zapatoca se encontró en una posición tal que sus apodos se convirtieron en un punto de diferencia frente a otros, con lo que se puede hablar de todos estos mote como factores de identificación que conforman la “identidad zapatoca”.

Por otro lado, acudí al texto “Cultura, individualidad y procesos de identificación” de Gilberto Giménez, en el cual enuncia *¿Qué es lo que distingue a las personas y a los grupos de otras personas y otros grupos? La respuesta sólo puede ser: la cultura. En efecto, lo que nos distingue es la cultura que compartimos con los demás a través de nuestras pertenencias sociales, y el conjunto de rasgos culturales particularizantes que nos definen como individuos únicos, singulares e irrepetibles. En pocas palabras, los materiales con los cuales construimos nuestra*

identidad para distinguirnos de los demás son siempre materiales culturales. “Para desarrollar sus identidades- dice el sociólogo británico Stephen Frosh (1999) –la gente echa mano de recursos culturales disponibles en sus redes sociales inmediatas y en la sociedad como un todo”. De este modo queda claro en qué sentido la cultura es una fuente de la identidad. (Giménez, 2010).

Este apartado fue definitivo en tanto que soporta el hecho de que los distintivos que se han escogido como apodos, es decir, como fuente de identidad, provengan de la cultura misma del municipio. Tanto sus costumbres como características de la vida se ven reflejados en estos motes, por lo que encontré inscrita dentro de estas premisas la constitución de los apodos como un factor de identificación del municipio. Animales como los faras, artefactos propios de la región como los chiques, elementos alusivos a la religión como las camándulas de *chochas*, sustentan en la oralidad elementos culturales del municipio que resultan ineludibles en el modo de actuar y ser del pueblo.

Metodología

En cuanto a las historias de los orígenes en Zapatoca, se abordó la memoria como acto individual o familiar para hacer la transformación de todas éstas en colectiva, porque trabajé la memoria no como una acumulación archivística de experiencias personales sino como un recuerdo que se ha alimentado entre diferentes individuos—ya sea por miembros de la misma familia u otras personas—y se ha asentado de esa forma en las personas que nos relatan.

Ya apoyados en la descripción de la memoria que mencioné, trabajé en la recolección de material. Gracias al material bibliográfico consultado y a conocimientos previos del área de prensa tuve especial cuidado en no alterar características de la oralidad campesina que llegó a

mis manos. Algunas acotaciones para personas ajenas al municipio fueron necesarias dado que, por cuestiones de entendimiento no se pueden omitir y, por cuestiones de respeto a la oralidad, no se deben remplazar. Para ello aplicarán los consejos que se encuentran en los libros que tratan de transcripción oral.

Para trabajar en la recolección de las historias, se empleó principalmente el método de la entrevista, debido a que mi principal insumo son esas historias almacenadas en la oralidad de cada familia. Además, tomé o utilicé fotografías –con el permiso de sus autores- para mostrar a los lectores ese lugar donde las historias tuvieron lugar y puedan encontrar, de forma sutil o evidente, relaciones entre el presente del pueblo y el pasado narrado en las historias.

Pero ¿qué quería lograr de dichas entrevistas? Porque, si bien la historia de cada uno tiene un valor por sí mismo para el proyecto, era necesario que en esa conversación se percibieran las formas de vida de dicha familia, para dotar de contexto no sólo a los relatos sino también a la autora –yo-, que requería empaparse tanto del pasado como del presente para escribir respetuosamente sobre las historias que le fueron confiadas.

Ya obtenido esto, se procedió a la transformación de los relatos en la estructura de un cuento. Allí se tomó a la familia entrevistada como protagonista y se fue por la experiencia que los llevó a ellos o a quienes lo rodeaban a establecer ese apodo para distinguirlos de familias con el mismo apellido. Estos cuentos emplearon en algunos casos la voz de un narrador, externo y con voz diferente –evidenciando tal vez el distanciamiento que su autora tuvo antes de emprender este proyecto- y, en otros, empleó la primera persona que se mete en la piel del entrevistado e intenta representar, con su voz, la historia.

Experiencia construcción del producto

Dado que la principal fuente de mi investigación provino de las entrevistas, se realizó en principio una base que permitiera compartir con las personas de forma efectiva. Para hacer el trabajo más entretenido para los señores de la tercera edad, la primera fase fue planteada como una reunión en el grupo de la tercera edad del municipio. Para que entendieran de qué iba el proyecto se planteó una introducción al mismo y, posteriormente, se les preguntaría por los apodos de los demás compañeros. Esta lista se anotaría y luego se haría una conversación donde cada uno contara a los demás la historia del origen de su apodo. Sin embargo, a pesar de que se había establecido un contacto con el grupo de tercera edad, cuando se estableció contacto con ellos en la proximidad del viaje, advirtieron acerca de su salida a vacaciones por estas fechas. Por ello, contrario a los deseos iniciales, fue necesario cambiar de planes.

Se decidió acudir al segundo sitio con más abuelos del municipio: el Hogar Geriátrico San Antonio. Allí, intenté ejecutar el mismo plan de acción. Sin embargo, mucho de los mayores de edad que allí residen han perdido su memoria y capacidad de expresarse de forma clara. Por ello, a pesar de dos historias a través de entrevistas individuales, el ejercicio no dio muchos frutos. Así pues, se configuró un nuevo plan de acción.

Comencé entonces a hacer entrevistas individuales a personas mayores reconocidas en el pueblo como, por ejemplo, el sacristán. A través de él, conocedor del pueblo, conecté con otras personas a las cuales se entrevistó.

Dicha entrevista estuvo orientada por las siguientes preguntas:

- ¿Cuál es el apodo de tu familia?
- ¿Conoces la historia de origen de tu apodo?, ¿Cuál es?

- ¿Quién te la contó?
- ¿Te ha parecido útil en la vida para distinguir personas del pueblo?
- ¿Se la has contado a tu familia?, ¿A quiénes?
- ¿Aún tus hijos y nietos usan ese apodo?

A continuación la transcripción de las respuesta de Alejandro Gómez “Travieso”, el sacristán del pueblo por muchos años.

C: Los apodos de la familia

A.G.A: Por mi papá travieso y por mi mamá Guáimaro

C: Historia del origen de los apodos

A.G.A: Bueno, yo no sé sólo los míos, sé varios también. Los Acevedos “Guameros” les dicen así porque le pusieron a la finca “Las guamas”. Entonces echaron a decir para cualquier cosa, allá en Las guamas, allá donde los guameros, entonces se quedaron guameros. Esa familia son bastantes, y esa finca la tienen hace muchas generaciones.

Ahora le voy a contar de los Gómez “Traviesos”. Dicen que mi abuelo –el papá de mi papá- lo pusieron “travieso” porque cuando eso ellos trabajaban en los trapiches, cuando eso era a punta de yunta de bueyes y no a motores como es todo hoy en día que no usan bestia ni nada. Entonces él iba a las molidas y llevaba la yunta de bueyes. El caso es que dizque mi papá Enrique era muchísimo jodón. Eso molestaba a todo el mundo. Le hacía travesuras a cualquiera y entonces lo nombraron travieso. Entonces para cualquier cosa era “allá donde los traviesos”. Entonces a veces buscaban a los Oteros para una molida y ellos decían que “si están los traviesos, vamos”.

Por mi mamá dizque “Guáimaro”. El “guáimaro” viene de, como hay un árbol que se llama guáimaro. Yo conozco el palo. Por allá en la finca en la que yo viví tanto tiempo, allá habían palos de guáimaro. Y se cuentan dos historias principalmente. La primera es que sacaban a vender pepas de guáimaro porque son hasta buenas para comer en la arepa y se puede hacer arepa revuelta con eso o se le echa a la sopa y es lo mismo que comer papa. Son unas pepas tan grandes como un mamón (mamoncillo) y pa’ comer son lo mismo que comer papa. A las cabras y el ganado es muchísimo gustarles. Eso cuando hay cosecha esos animales no salen de debajo de los palos recogiendo pepas. La otra es que como ese palo es como medio pálido, como rosado a veces los dejaron guáimaros por el color también.

Igual eso de los apodos salieron de cualquier circunstancia, pero eso es pa distinguir las familias. Por ejemplo, los Rueda “Paloblanco” les dicen así porque vivían en la vereda Paloblanco y así.

C: ¿Quién le contó esas historias?

A.G.A: Unas por mi papá y otras que oye uno por ahí

C: Utilidad de los apodos para distinguir personas

A.G.A: Claro, eso con tantos Rueda que hay, por ejemplo, los apodos ayudan a distinguirlos. Están los “Muletos”, los “Chachíos” y eso terminan llamándose varias personas igual.

C: ¿A quiénes ha contado la historia?

A.G.A: Por ahí cuando se pone uno a hablar de eso o con Chavita (la esposa) cuando mirábamos ese libro que tenía el listado de los apodos pero quién sabe qué se hizo ese libro, ahí había bastantes apodos de esos.

C: Usos de los hijos y nietos del apodo

A.G.A: Tal vez los hijos que sí vivieron acá bastante y eso, pero los nietos míos ya no distinguen a las familias ni nada. Los que viven por fuera sí que menos.

Sumo, a la demostración de esta fase, la entrevista realizada a Expedito Rueda “Chique”.

C: pregunta por el apodo

E.R: El apodo de mi familia son los Rueda “Chiques”

C: El origen del apodo

Bueno, el apodo de los “Chiques” (Familia Rueda), eso viene de mi bisabuela. Resulta que como en el tiempo de antes no era como ahora que el mesón de la cocina es fundido, no no. Eso lo hacían en tierra y encima le colocaban lajas al mesón de cocina. Entonces un día llegó cualquier chismosa donde la casa de mi bisabuela y los chiques son un aro. Se hacen en alambre o se hacen en bejuco (palo). Entonces, cuando eso, en la mitad de la cocina ponían un garabato y ahí colgaban el pan, la mantequilla, para que los gatos no hicieran por ahí sus daños.

Entonces llegó la vecina y “¿cómo? ¿y tu’ese montón de chiques que tienen allá? Entonces mi bisabuela se puso a explicarle y “no, es que este chique pequeñito es pa’ cuando bajo la olleta - porque es que entonces se cocinaba en leña- y entonces la pongo aquí pa’ que no me ensucie el mesón. Este otro chique más grande es pa’ tal olla, este otro pa’ otra. Entonces dijo “aaaaaah, esta es la casa de los chiques” y nos quedamos los chiques (Ríe). ¡Y así son todos los apodos!

C: Nombre de la bisabuela

E.R. María Eugenia

C: ¿Cómo conoció la historia?

E.R: Mi papá la contó

C: Utilidad de los apodos

E.R: Con eso es que uno distingue a la gente. Con tanto llamado igual si no le dicen el apodo uno queda sin saber de qué cristiano es que hablan

C: ¿La ha contado?

E.R: Cuando hicimos una reunión de la familia Chique nos reunimos y les conté la historia

C: ¿Sus hijos usan el apodo?

E.R: El apodo Chique sí. Pero casi no usan los de las demás personas. No falta el que uno conoce por el apodo no más, pero entonces el de otros no.

Aunque el proceso de entrevista individual aportó conocimientos y avances a la realización del proyecto, el tiempo limitado de dicho viaje y la gran distancia entre Zapatoca y Cali, fueron una limitante en la realización del trabajo en esta modalidad presencial. Por ello, para la finalización del trabajo de campo tuve la ayuda del grupo que dio forma, tanto en el pasado como en mi realidad, a este proyecto: la familia.

Mi padre, vendedor de rifas hace más de veinticinco años, incorporó a su recorrido ofreciendo boletas las preguntas de mi cuestionario. Si bien no eran aplicadas a cabalidad y anotaba en una hoja de papel únicamente los datos más importantes –no sabe usar la grabadora del celular ni redes como *WhatsApp*–, estaba pendiente de cualquier pregunta adicional que me surgiera en la elaboración de los textos para ir, de nuevo, a buscar información.

Relatos como el de los Rueda “Consentidos” comenzaron con “*El abuelo de ellos a todo el que tenía un perrito cogía a hablarle como pendejo ‘atititititi este perrito, este gatico consentido’*”,

de acuerdo con lo dicho por mi padre al teléfono. En una siguiente llamada, después de preguntar por el nombre del abuelo y el lugar donde solía ir a consentir a las mascotas, me aclaraba que era el abuelo Faustino y que solía ir al parque. Y así veía la luz uno de nuestros personajes.

Cuando ese proceso de escritura estuvo cercano a su fin –realmente, la escritura no se da por terminada hasta el momento de impresión- comenzó uno nuevo que involucraba muchos conocimientos adquiridos en la carrera que, en un principio, no me había planteado utilizar.

Los conocimientos en diseño y diagramación fueron altamente reforzados con el reto de presentar la tesis en un libro que no sólo tuviera un contenido con el valor que he planteado a lo largo de este documento sino que, además, tuviera una presentación que invitara a su lectura y fuera amable con quienes se animaran a abrirlo. Cuadrar los márgenes, elegir cómo ubicar el título, establecer un tamaño de letra, hacer un documento con las hojas a color para imprimirlas. El buscar dentro de los archivos familiares y encontrar una foto preciosa donde mis abuelos paternos posan sus hijos. Todos los pasos de finalización y entrega hicieron parte de ese resultado que hoy reposa en el papel.

Conclusiones

Si bien el resultado desde mi perspectiva es bastante íntimo, está elaborado con el ánimo de que su lectura pueda hacerse desde el otro lado del país, en medio una torre de algún conjunto residencial, y aquel extraño pueda sentir esa misma brisa de la tarde, ese olor de café en la mañana, ese tañido de campanas que experimentaron los protagonistas de las historias que se encuentran en mi obra.

Adicionalmente, añadido al valor que pueda tener para las personas ajenas, el gran aporte que implicó en el proceso que la unidad de la que doy cuenta en estos relatos, la familia, haya tenido una participación tan importante en la realización de este trabajo, desde su formulación hasta la recolección de información.

Ese distanciamiento geográfico, cultural, que pudo haber sido aún más intenso cada año desde que estoy en Cali, en la Universidad del Valle, logra atenuarse gracias a esa cercanía familiar, descubierta durante el trabajo que hoy tienen frente a ustedes.

Bibliografía

- Acevedo Díaz, M. (s.f.). *Nuestros ascendientes españoles*. Revista Estudio(143), 263.
- Alcaldía de Zapatoca- Santander. (11 de Julio de 2016). *Zapatoca Santander de todos, para todos*. Obtenido de http://www.zapatoca-santander.gov.co/informacion_general.shtml
- Alvarez-Muro, A. (2014). *Poética del habla cotidiana*. Mérida: Universidad de los Andes Venezuela.
- Baquero, C., Burgos, L., Ramírez, A., Roldán, H., & Valencia, F. (1998). *La escuela en la tradición oral*. Bogotá: Plaza y Janés Editores.
- Bourdieu, P. (1989). *La Ilusión Biográfica* (Historia y Fuente Oral No. 2, Memoria y Biografía ed.). Historia, antropología y fuentes orales.
- Castells, M. (2003). *El poder de la identidad* (Vols. La era de la información, Volumen 2). Alianza.
- Darnton, R. (1984). *La gran matanza de gatos*. Estados Unidos: Fondo de Cultura Económica.
- Frentress, J., & Wickham, C. (2003). *Memoria social*. Madrid: Anzos, S.L.
- Giménez, G. (2010). *Cultura, identidad y procesos de individualización*. México.
- Gómez Valderrama, P. (1977). *La otra raya del tigre*. Bogotá.
- Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- La mapoteca. (s.f.). *La mapoteca*. Obtenido de <http://lamapoteca.com.co>
- Patiño, P. (9 de Marzo de 2016). *Zapatoca se divide en apellidos y apodos*. Vanguardia Liberal.
- Romero, J. M. (1994). *Breve historia de Colima*. México: Fideicomiso Historia de las Américas.

Sarlo, B. (2005). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Ediciones Siglo XXI.

Todorov, T. (2008). *Los abusos de la memoria*. España: Paidós Ibérica.

Universidad Complutense de Madrid. (2006). *Tradiciones discursivas. Edición de textos orales y escritos*. (S. Iglesias, R. Santiago, & A. Valenciano, Edits.) Madrid: Editorial Complutense, S.A.